

La Biblia como Palabra viva

Por Rodrigo G. Llanos Gómez

Propuesta de reflexión personal sobre la Biblia desde la perspectiva católica romana.

Al concluir estas pláticas de Acercamiento a la Biblia, conviene volver a una convicción central de la fe cristiana: la Sagrada Escritura no es solamente un conjunto de libros antiguos, ni un simple patrimonio religioso, literario o histórico. La Biblia es Palabra viva de Dios. En ella, Dios sigue saliendo al encuentro del ser humano por medio de una palabra escrita, proclamada, meditada, orada y acogida en la fe.

La carta a los Hebreos afirma que “la Palabra de Dios es viva y eficaz” (Hb 4,12). Esta expresión no significa que la Biblia actúe de manera mágica o automática, sino que la Palabra de Dios posee una fuerza propia: ilumina, discierne, consuela, corrige, llama y transforma. No queda encerrada en el pasado, porque el Dios que habló sigue hablando; no como una voz improvisada, sino a través de la Escritura recibida en la fe de la Iglesia.

La constitución dogmática *Dei Verbum* enseña que en la Sagrada Escritura “el Padre que está en los cielos sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos” (*Dei Verbum*, 21). Esta afirmación permite comprender la Biblia no solo como memoria del pasado, sino como lugar de encuentro, diálogo y escucha. Dios habló en la historia por medio de autores humanos, en lenguas humanas, dentro de culturas, géneros literarios y circunstancias concretas; pero su Palabra sigue dirigida hoy a la Iglesia y a cada creyente.

Decir que la Biblia es Palabra viva no significa leerla de manera caprichosa, emocional o subjetiva, como si cada persona pudiera hacerle decir cualquier cosa. Al contrario: cuanto mejor se comprende la Escritura en su contexto, en la unidad de la fe y con una actitud orante, más profundamente puede iluminar la vida. El estudio serio no enfría la experiencia espiritual; la purifica. La oración no sustituye la comprensión del texto; la vuelve más obediente y fecunda. La Biblia se estudia con inteligencia, se escucha con fe y se acoge con el corazón.



Esta Palabra viva se recibe de manera eminente en la liturgia. Allí la Escritura no solo se lee: se proclama a la Iglesia reunida. En la celebración litúrgica, la Palabra de Dios convoca, instruye, interpela y prepara el corazón para el encuentro con Cristo. La Biblia no queda entonces como una lectura individual aislada, sino como voz de Dios dirigida a su pueblo. Cada vez que la Iglesia proclama la Escritura, el creyente es invitado a escuchar no solo un texto antiguo, sino una Palabra actual que lo introduce en el misterio de la fe.

Esta relación alcanza una hondura particular en la Eucaristía. *Dei Verbum* recuerda que la Iglesia ha venerado siempre las divinas Escrituras como ha venerado también el Cuerpo del Señor, especialmente en la sagrada liturgia, donde recibe y ofrece a los fieles el pan de vida tanto de la mesa de la Palabra de Dios como de la mesa del Cuerpo de Cristo (*Dei Verbum*, 21). Esta enseñanza muestra que la Palabra y la Eucaristía no son dos realidades desconectadas. En la liturgia eucarística, Cristo habla en las Escrituras y se entrega sacramentalmente en el Pan partido. La Palabra proclamada abre el corazón, ilumina la inteligencia y dispone al creyente para reconocer al Señor en la fracción del pan.

Por eso, la experiencia de Emaús es tan decisiva. Cristo resucitado camina con los discípulos, escucha su desilusión, les explica las Escrituras y finalmente se da a conocer al partir el pan. La Palabra encendida conduce al reconocimiento eucarístico; y la Eucaristía confirma que la Palabra escuchada no era solo enseñanza, sino presencia viva del Señor. En Emaús se muestra, de modo admirable, que la Escritura alcanza su centro en Cristo y que la escucha creyente encuentra su plenitud en la comunión con Él.

Así, la Biblia se vuelve viva no únicamente cuando una persona la lee en su casa o la medita en oración personal, sino también —y de modo privilegiado— cuando es proclamada en la Iglesia y recibida en el ritmo de la vida sacramental. La Palabra prepara la comunión; la Eucaristía realiza sacramentalmente la comunión con Cristo. La Escritura orienta el corazón hacia el Señor; la Eucaristía permite recibirlo como alimento de vida. Quien escucha con fe la Palabra y participa de la mesa eucarística descubre que Dios no solo habla desde fuera, sino que se acerca, acompaña, ilumina y se entrega.



Una forma privilegiada de acoger personalmente esta Palabra viva es la *lectio divina*, una práctica antigua de la tradición cristiana que enseña a leer la Escritura como lugar de encuentro con Dios. No consiste en buscar frases aisladas ni en proyectar sobre el texto los propios sentimientos, sino en disponerse a escuchar con humildad. La *lectio divina* conduce poco a poco de la lectura atenta a la meditación, de la meditación a la oración, de la oración a la contemplación, y de la contemplación a una vida más conforme al Evangelio. Así, la Biblia no solo se comprende mejor; se vuelve alimento espiritual, criterio de discernimiento y llamada concreta a la conversión.

La *lectio divina*, sin embargo, no sustituye la liturgia ni la lectura eclesial de la Biblia. Es una forma personal de acoger la Palabra, pero no una apropiación individualista de la Escritura. Se realiza mejor cuando permanece en comunión con la fe de la Iglesia, con la vida sacramental, con la Tradición viva y con el conjunto de la Escritura. Cada lector se acerca con su historia, pero no para imponerla al texto, sino para dejar que el texto ilumine su historia.

Por eso, la Palabra viva no se opone al análisis histórico, literario o doctrinal, pero tampoco se agota en él. La Escritura se vuelve viva cuando una palabra leída muchas veces ilumina de pronto una decisión, sostiene una prueba, corrige una actitud, abre una esperanza o ayuda a reconocer la presencia de Dios en medio de la vida ordinaria. No se trata de buscar emociones religiosas artificiales, sino de aprender a colocarse ante el texto bíblico como ante una palabra que puede consolar, corregir, llamar, fortalecer y transformar.

La experiencia del miedo puede ayudar a comprenderlo. Hay momentos en que una persona se siente amenazada por una enfermedad, por una crisis familiar, por la incertidumbre económica, por una decisión difícil o por la sensación de no tener el control de su propia vida. En ese contexto, el Salmo 23 puede dejar de ser una oración conocida para convertirse en una palabra dirigida personalmente al corazón: “El Señor es mi pastor, nada me falta”. El texto no elimina mágicamente el problema, pero puede cambiar la manera de atravesarlo. Quien escucha esa palabra con fe descubre que no camina solo, que hay una Presencia que guía incluso “por



cañadas oscuras”, y que la confianza no consiste en tener todas las respuestas, sino en saberse acompañado por Dios.

También la experiencia de la culpa o del alejamiento puede ser iluminada por la Escritura. Quien carga con errores, heridas provocadas a otros, decisiones mal tomadas o una sensación de indignidad puede encontrar en la parábola del hijo pródigo una invitación real al regreso. En Lucas 15, el hijo vuelve quizá esperando una forma mínima de tolerancia, pero el padre lo recibe con abrazo, vestido, anillo y fiesta. Ese relato ayuda a comprender que Dios no espera al pecador para humillarlo, sino para restaurarlo. Entonces la Escritura abre una puerta de esperanza, conversión y reconciliación.

La Biblia también puede acompañar el discernimiento. Abraham escucha la llamada de Dios a salir de su tierra sin conocer de antemano todo el camino. Su historia puede hablar a quien debe tomar una decisión importante: cambiar de etapa, asumir una responsabilidad, dejar una seguridad, comenzar un servicio, aceptar una misión familiar, profesional o espiritual. Abraham no recibe un mapa detallado, sino una promesa. Ahí se revela una clave profunda de la fe: caminar con Dios no significa poseer todas las certezas antes de dar el primer paso, sino confiar en su fidelidad mientras se discierne prudentemente el camino.

Hay, además, dolores que no se entienden. El libro de Job resulta especialmente valioso para quien atraviesa sufrimiento, pérdida, enfermedad, duelo o desconcierto ante la aparente injusticia de la vida. Job no ofrece una explicación fácil del dolor; más bien enseña que el creyente puede presentar ante Dios su queja, su desconcierto y sus preguntas sin romper necesariamente la relación con Él. La Biblia no censura automáticamente las lágrimas, sino que les da un lenguaje creyente. A veces la fe no consiste en entenderlo todo, sino en permanecer delante de Dios incluso cuando no se comprende.

La Escritura habla también al cansancio espiritual o moral. Hay personas que se sienten agotadas por exigencias familiares, laborales, económicas, comunitarias o incluso religiosas. En ese contexto, las palabras de Jesús en Mateo 11,28 pueden tocar de manera especial: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré”. Esa invitación deja de sonar



genérica cuando una persona descubre que Cristo no llama solo a trabajar por Él, sino también a descansar en Él. La Palabra ayuda entonces a distinguir entre el peso fecundo del amor y las cargas innecesarias que aplastan el alma.

El difícil camino del perdón también puede abrirse bajo la luz de la Escritura. Hay heridas que permanecen abiertas durante años: una ofensa familiar, una traición, una injusticia, una palabra que dañó, una ausencia que no se comprende. En esos casos, las palabras de Jesús sobre el perdón pueden resultar exigentes, incluso difíciles de aceptar. Pero el perdón bíblico no es negación del daño sufrido, sino camino de libertad interior. Perdonar no significa justificar el mal ni borrar la memoria; significa impedir que el mal recibido siga gobernando el corazón. Textos como Mateo 18,21-35 o las palabras de Cristo en la cruz —“Padre, perdónalos”— pueden iniciar lentamente un proceso de sanación.

No solo en el dolor habla la Biblia. También educa la gratitud. Los salmos de alabanza, como el Salmo 103 —“Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios”— ayudan a reconocer que la vida no es solo tarea, preocupación o carencia, sino también don. A veces la Palabra no llega para resolver una crisis, sino para despertar memoria agradecida, humildad y capacidad de reconocer lo que Dios ha sostenido silenciosamente. La gratitud también necesita ser evangelizada, porque el corazón puede acostumbrarse al don y dejar de reconocerlo.

La Palabra viva tampoco se reduce al consuelo privado. Los profetas recuerdan que Dios también habla corrigiendo la conciencia. Amós, Isaías, Jeremías y Miqueas no permiten separar la fe de la justicia. Cuando una persona o una comunidad se acostumbra a la indiferencia, a la desigualdad, al abuso de poder o a una religiosidad sin conversión, los profetas vuelven a hablar con fuerza. La Escritura no solo consuela al herido; también despierta al cómodo, llama a la responsabilidad y purifica la manera de vivir la fe.

Un lugar privilegiado para comprender la Palabra viva es el camino de Emaús. Los discípulos caminan tristes, decepcionados y confundidos. Habían esperado que Jesús fuera quien liberara a Israel, pero la cruz parecía haber destruido esa esperanza. Cristo resucitado se acerca, camina



con ellos, escucha su desilusión, les abre las Escrituras y parte el pan. Solo entonces comprenden que su corazón ardía mientras Él les hablaba. Este pasaje muestra que la Palabra de Dios no solo informa; también reinterpreta la historia herida desde la luz de la Pascua. A veces no cambia inmediatamente los hechos, pero cambia la mirada con la que esos hechos pueden ser comprendidos ante Dios.

Finalmente, la Biblia ilumina la vida ordinaria. No toda experiencia de la Palabra ocurre en momentos dramáticos. La Escritura puede orientar la paciencia diaria, el trabajo bien hecho, la educación de los hijos, el cuidado de los enfermos, la fidelidad matrimonial, la amistad, la responsabilidad social y la oración sencilla. Textos como Colosenses 3,23 —“Todo cuanto hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor”— ayudan a descubrir que la vida cotidiana puede vivirse delante de Dios. En este sentido, la Biblia se vuelve viva no solo cuando consuela en una crisis, sino cuando enseña a mirar toda la existencia como lugar de encuentro con Dios.

Estos ejemplos muestran que la Palabra de Dios no siempre actúa del mismo modo. A veces consuela; a veces corrige. A veces confirma un camino; a veces obliga a revisar una actitud. A veces da paz; a veces inquieta la conciencia. A veces invita a esperar; a veces llama a actuar. Precisamente por eso es Palabra viva: porque no queda encerrada en el pasado, sino que sigue encontrando al creyente en su situación concreta.

Ejercicio personal de reflexión: una forma sencilla de *lectio divina*

Como ejercicio posterior al curso, se propone realizar una forma sencilla de *lectio divina*. Para que sea practicable, conviene elegir un solo ámbito de la propia vida y un solo texto bíblico. No se trata de leer mucho, sino de escuchar mejor.

Puede elegirse uno de los siguientes ámbitos: miedo, culpa, decisión, sufrimiento, cansancio, perdón, gratitud, justicia, esperanza o vida ordinaria.

Después, puede seleccionarse uno de los textos bíblicos sugeridos:



Para el miedo: Salmo 23; Isaías 43,1-5; Mateo 6,25-34.
Para la culpa o el regreso a Dios: Lucas 15,11-32; Salmo 51; Juan 8,1-11.
Para el discernimiento: Génesis 12,1-9; 1 Samuel 3,1-10; Lucas 1,26-38.
Para el sufrimiento: Job 1-2; Job 38-42; Salmo 22; Romanos 8,18-39.
Para el cansancio: Mateo 11,28-30; Marcos 6,30-32; Salmo 62.
Para el perdón: Mateo 18,21-35; Lucas 23,34; Efesios 4,31-32.
Para la gratitud: Salmo 103; Lucas 17,11-19; Filipenses 4,4-7.
Para la justicia: Amós 5,21-24; Isaías 1,10-17; Miqueas 6,6-8; Mateo 25,31-46.
Para la esperanza: Lucas 24,13-35; Isaías 40,1-11; Apocalipsis 21,1-5.
Para la vida ordinaria: Colosenses 3,12-24; Romanos 12,1-18; 1 Corintios 10,31.

Una vez elegido el texto, se recomienda realizar el ejercicio siguiendo cinco movimientos: leer, meditar, orar, contemplar y actuar.

El primer paso es leer (*lectio*). Conviene leer el texto despacio, preferentemente más de una vez, sin prisa por obtener una conclusión inmediata. Aquí se busca comprender qué dice el texto en sí mismo: quién habla, a quién se dirige, qué situación aparece y qué imagen de Dios, del ser humano o de la vida se presenta. Este paso ayuda a no convertir la Biblia en un espejo de las propias emociones, sino en una palabra recibida con respeto.

El segundo paso es meditar (*meditatio*). Se trata de detenerse en la palabra, frase o imagen que más resuena interiormente. La pregunta ya no es solo qué dice el texto, sino qué luz ofrece para la propia vida. Este paso requiere silencio, honestidad y apertura. No se trata de inventar un mensaje, sino de dejar que una palabra verdadera toque la historia personal.

El tercer paso es orar (*oratio*). La Palabra escuchada se convierte en respuesta. Puede ser una oración de gratitud, petición, perdón, confianza, abandono o intercesión. No hace falta decir mucho; basta responder con verdad: “Señor, ayúdame a confiar”; “Padre, enséñame a volver”; “Cristo, acompáñame en este camino”; “Espíritu Santo, dame un corazón nuevo”; “Señor, que tu Palabra ilumine mi vida”.

El cuarto paso es contemplar (*contemplatio*). Consiste en permanecer ante Dios con sencillez, dejando que la Palabra descienda de la



inteligencia al corazón. No siempre aparecerán ideas nuevas; a veces bastará descansar en una certeza recibida, en una llamada, en una presencia o en una paz que no viene de haber resuelto todo, sino de saberse acompañado por Dios.

El quinto paso es actuar (*actio*). La Palabra acogida pide encarnarse en la vida: una decisión concreta, una reconciliación pendiente, un acto de gratitud, una renuncia, un servicio, una corrección o una forma nueva de mirar una situación. La Palabra viva no termina en la reflexión; busca hacerse vida.

Puede ser útil anotar en una libreta espiritual tres elementos: la frase bíblica elegida, la luz recibida y una decisión concreta, por pequeña que sea. La Palabra se vuelve más fecunda cuando no solo se recuerda, sino que se guarda, se medita y se traduce en vida.

El ejercicio puede completarse, si es posible, participando en la Eucaristía dominical con una atención especial a la Liturgia de la Palabra. Se puede escuchar una de las lecturas preguntando interiormente: ¿qué me dice hoy el Señor a través de esta Palabra? Y después, al acercarse a la comunión, pedir la gracia de que esa Palabra escuchada se convierta en vida recibida, ofrecida y compartida. Así, la lectura personal de la Biblia se une al lugar donde la Iglesia escucha a Cristo y lo reconoce en la fracción del pan.

El objetivo de este ejercicio no es manipular la Biblia para que diga lo que uno quiere escuchar, sino aprender a colocarse ante ella con apertura. La Palabra de Dios no siempre confirma nuestros deseos; a veces consuela, a veces corrige, a veces llama, a veces espera. Pero cuando se la escucha con fe, en la Iglesia y con humildad, puede convertirse en lugar real de encuentro con Dios.

Así, el curso no concluye simplemente con información aprendida, sino con una invitación permanente: seguir leyendo la Biblia como Palabra viva, dejar que Cristo abra las Escrituras y permitir que esa Palabra ilumine la propia historia. El curso termina; el camino de la Palabra continúa. Cristo sigue caminando con nosotros, abriendo las Escrituras, partiéndose como Pan de vida y encendiendo de nuevo el corazón.

